

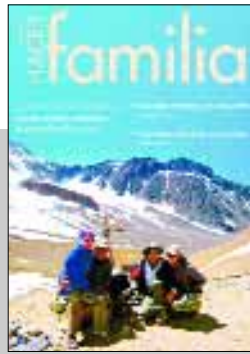
El significado del rostro humano



Hace unas semanas el ex canciller británico y actual líder de la Cámara de los Comunes, Jack Straw, levantó una polvareda política al invitar a las musulmanas a quitarse el velo que les cubre el rostro y provocó un encendido debate sobre la integración social en Inglaterra.

Texto: Pablo Marini* / Ilustración: Gastón Lentini

La mayor individualidad de los seres humanos sobre los minerales, los vegetales o los animales ha sido marcada por la naturaleza con algo obvio, visible y manifiesto: dotó a los hombres de esa realidad patente que es el rostro. Los animales irracionales tienen cara, pero no tienen rostro ni semblante. Los antiguos romanos distinguían con gran exactitud la cara y el rostro, *os* y *vultus*. El *os* es común al hombre y los animales superiores; el *vultus*, exclusivo del hombre. El *os* es el espejo de los afectos y estados de ánimo; es cosa común con el animal, que en la cara da signos que manifiestan alegría, tristeza, ira, cansancio. El *semblante* es cosa propia del hombre; no manifiesta únicamente los afectos, sino que expresa las costumbres, el carácter moral, el genio, que es siempre individual y personal.



REVISTA
HACER familia

Eidico/ Tigris te recomienda suscribirte a la revista Hacer familia. Una publicación ideal para regalar en esta fiestas a tus amigos y familiares. Hacerlo a través de la web: www.hacerfamilia.com.ar o llamando al 4513-4039.

La necesidad del rostro para la vida humana

Una parábola de Leopoldo-Eulogio Palacios lo muestra claramente: los habitantes de una isla perdida en el océano han sufrido una terrible epidemia que ha hecho que todos tengan el mismo rostro.

Nada fue suficiente para distinguirse unos de otros: ni los vestidos, ni la voz, ni siquiera el sexo. Nadie podía ser premiado. Una buena obra era de todos y de ninguno, pues todos aspiraban al premio de acciones que no habían hecho, y ninguno podía ser reconocido. Con los crímenes era peor, pues todos los atribuían al vecino, sin que pudiera jamás identificarse al criminal.

El final de la parábola no pudo ser peor: las fieras que rodeaban a este poblado se fueron envalentonando a medida que crecía la confusión humana. Y bestias carentes también de fisonomía individual acabaron con todos los seres humanos.

El concepto abstracto y universal representa al hombre como "animal racional", "mamífero social" y cosas por el estilo, las cuales se pueden atribuir indistintamente a más de una persona, pero, por eso mismo, no pueden decirme nada particular de lo que ahora me interesa, que no es el hombre en abstracto, sino este individuo concreto, a quien voy a conocer en unos minutos en una reunión. No me pregunto por el "qué" del hombre sino por el "quién" de una persona.

Para solucionar esto surge la imagen de un rostro. El rostro está ahí, luminoso, resplandeciente. Solo en el rostro se cumple empíricamente la verdad del hombre. Si se borrasen los rasgos distintivos del rostro, como en los desgraciados habitantes de la isla fabulosa del cuento, se derrumbaría también toda posibilidad empírica de hacer juicios cabales sobre el hombre. Hasta no ponernos en presencia de un semblante, no percibimos la verdad del hombre.

La incorrección política de un funcionario británico

Volviendo a lo dicho por Straw, el presidente de la Comisión Islámica de Derechos Humanos, Massoud Shadjareh, calificó de "repugnantes" los comentarios del líder laborista. "¿Se atrevería a decirles a los judíos que viven en Stamford Hill [un barrio londinense] que no deberían vestirse como judíos ortodoxos?", se preguntó Shadjareh. Pero con esta pregunta sólo demuestra su falta de percepción del verdadero problema. No es la vestimenta sino el rostro oculto lo que preocupa a Straw. Éste, perspicazmente, decía que llevar el velo supone una "afirmación visible de separación" y "dificulta el establecimiento de relaciones positivas entre las dos comunidades". Según él, el hecho de ver la boca y la nariz de la interlocutora permite saber "lo que quiere decir realmente, sin que uno se limite a escuchar lo que dice".

El rostro identifica a las personas. Además, informa de manera bastante fiable sobre la edad y el sexo. Además también informa sobre la salud y el estado emocional del individuo. Puede informar de sus intenciones, de su posible bondad o maldad, de si miente o tiene un comportamiento sincero, entre otras cosas.

Y en el rostro, son los ojos, espejo del alma humana, la fuente más rica de la expresión psíquica. ¿Será esto lo que explicaría que ciertas personas sientan incomodidad frente a quienes usan anteojos espejados u oscuros, ya que su comportamiento ocular no proporciona indicios sobre sus intenciones? También explicaría el porqué todas las culturas desaprueban el mirar fijamente, aunque algunas sean más estrictas que otras.

Los ojos de los hombres –dice Emerson– hablan tanto como su lengua, y el dialecto ocular tiene la ventaja de no necesitar diccionario para ser entendido por todo el mundo. Cuando la vista dice una cosa y la boca otra, un hombre experimentado se fía del lenguaje de la primera.

En todo tiempo, filósofos y pensadores han puesto de relieve la implicancia ética del semblante. Levinas, por ejemplo, hablaba de que "el rostro es lo que nos prohíbe matar". En efecto, los relatos de guerra nos dicen lo difícil que es matar a alguien que te mira de frente. Por eso, poner una venda o una capucha a los condenados a muerte no solo es un acto "de piedad" sólo para el que va a morir. En realidad, también lo es para el que lo ejecuta.

También es archiconocido lo de que "todo hombre cuando pasa de ciertos años es responsable de su cara". No es seguro que siempre sea así, pero sí que "eres responsable de la cara que pones". ¿Nos preguntamos con alguna frecuencia qué reflejamos ante los demás? ■